

variedades y contrastes en la historia de Nuremberg. Ya era ciudad capital cuando recibió el cristianismo en el siglo de Carlo-Magno, que convirtió á él la Alemania con la espada.

Sometida inmediatamente al imperio por el emperador Luis III al principio del siglo X, poseída alternativamente por los emperadores de Alemania, por los duques de Suavia, por los burgraves de Nuremberg, por Luis de Franconia el fundador de la casa de Brandeburgo, y por último por sus mismos habitantes que la rescataron: devastada por algunos de sus amos, embellecida y agrandada por otros, Nuremberg no había, sin embargo, cesado de crecer. Diversas pruebas testifican su importancia y su poder. La primera dieta del imperio se había congregado en su recinto en 936 por el emperador Othon el Grande, y en conmemoración de esta circunstancia era el sitio donde cada nuevo emperador debía celebrar la primera dieta que convocaba después de su advenimiento al trono imperial.

Muchas asambleas religiosas se han celebrado allí entre los años de 1438 y 1487. Luchó durante un siglo entero contra los electores de Brandeburgo. Cuando el rey de Suecia Gustavo Adolfo verificó en Alemania su expedición política y religiosa (1631), Nuremberg fué uno de los principales puntos sobre los que se concentraron los esfuerzos de la guerra, y por último, en sus muros se reunió (1650) la asamblea que ordenó la ejecución del tratado de Munster. Elevada entonces á su apogeo de prosperidad, debía muy pronto entrar Nuremberg en decadencia. Ya había visto decrecer su población poco á poco de noventa mil habitantes á cuarenta mil, cuando á consecuencia de los grandes trastornos de territorio que trajo la revolución francesa en toda la Europa, pasó de la dominación imperial al reino bávaro, y aun hoy está comprendida en el círculo de Resat.

Demasiado graves y severos los anales de Nuremberg cuando se les lee así, secamente resumidos, toman una fisonomía interesante cuando se los encuentra grabados por fragmentos en los monumentos y cuando se levantan por sí mismos de una torre arruinada, de un trozo de muralla, de una casa particular, de un edificio público. La historia olvidada sobre el teatro mismo de los hechos que la componen y con el sello que allí han dejado, tiene todo el encanto, todo el atractivo de una novela. Recorrer á Nuremberg es, como hemos dicho, leer una crónica viva de la edad media. Viejos murallones guarnecidos de viejos fosos y flanqueados de viejas torres, ciñen la ciudad. Su poético castillo, el Reichsfeste, que se conforma dócilmente en su irregularidad á los caprichos del terreno y á las ondulaciones de la colina sobre que se halla, presenta todavía en su humilde condición actual de almacén, algunas apariencias, algunos restos de la altiva fortaleza donde los emperadores de Alemania tuvieron su corte y donde presidieron magistrados municipales y gobernadores aristocráticos. En la casa de ayuntamiento, construida en 1619 y una de las mas hermosas de la Alemania, se han conservado los guantes, el tahalí, la dalmática, la corona de Carlo-Magno y el vaso de Lutero, reliquias que Nuremberg, al declararse luterana en el año 1530, pudo adquirir y conserva cuidadosamente.

Sus iglesias hacen admirar la hermosa forma gótica y las vidrieras suntuosamente pintadas. Cerca de seis siglos han pasado sin alterarse sus colores en los de la iglesia de Santa Clara. Sus casas particulares levántanse sobre calles

irregulares, empero anchas, con paredes de piedra calada, delicadamente esculpida y sobrecargada de ricas esculturas. Por último, la disposición del interior de sus edificios, el mueblaje de sus casas, los hábitos de sus moradores, recuerdan todas las formas, todas las prácticas de la vida pública y privada de la edad media. Este sello poético que perfectamente se conserva en Nuremberg, es tanto mas notable cuanto que la industria y el comercio, bajo cuya influencia marchan las poblaciones al mismo paso que los siglos que las modelan al estilo, de cada tiempo, han florecido siempre en esta ciudad que cuenta hoy sobre quinientas fábricas. Si se quieren enumerar, dice un escritor, las invenciones útiles que han tenido lugar dentro de los muros de esta ciudad, presentaría grandes títulos al reconocimiento del género humano.

Pedro Helle inventó allí el reloj hacia fines del siglo XV; Trasdorf los pédales; Rudolfo las máquinas para estirar el alambre; Juan Cobsinger las escopetas de viento; un desconocido las baterías de las armas de fuego; Cristóbal Denner el clarinete; Eraston Ebbmer la mezcla conocida bajo el nombre de cobre amarillo; Martin Bohaim la esfera terrestre y Juan Muchels perfeccionó la trompeta. Sola la mención de aquellos variados instrumentos bastan para probar que todos los ramos de las ciencias, de las artes y de la industria eran cultivados con grande esmero, celo y aplicación en otro tiempo en Nuremberg. No lo son menos hoy: la confección de juguetes y pequeños utensilios de madera tiene allí un desarrollo inmenso. La mayor parte de los juguetes que nuestros lectores admiran en las hermosas tiendas que ven de los tirolese y alemanes proceden de esa ciudad. Nuremberg participa todavía con alguna otra ciudad de Alemania de la ilustración que da el cultivo de las letras y los grandes esfuerzos hechos para difundirlas y acrecentar la instrucción. Sus establecimientos literarios, sus escuelas gozan con justo título de una alta celebridad, y en gimnasia es uno de los mas famosos de una tierra tan sabia y tan erudita como la Alemania.

FERNANDO BELTRAN.

PICO DE TENERIFE.—En medio de montañas elevadas, tres mil pies sobre el nivel del mar, aparece este pico, cuya altura es nada menos de doce mil pies. Siendo una isla Tenerife, se ve este pico en el mar á distancia de cuarenta leguas. Después de la región de las nieves, se encuentra un recipiente conteniendo agua helada; un cráter en la cima arroja lavas desde hace al menos treinta años, y continuas erupciones han probado que no se apagará en mucho tiempo.

LOS CAZADORES.

LA CAZA.

La España es una de las naciones que tiene mejores y mas poblados árboles, y á pesar de lo descuidado que estos

AÑO XVI. 36

se hallan, efecto de las críticas circunstancias por que ha pasado hace mas de dos siglos esta nacion, todavia se conservan grandes bosques y hay grandes cazadores. Sin embargo, la caza no es hoy lo que era en otros tiempos; en los antiguos habia grandes jaurias de perros y magnificas partidas de caza, y ahora solo se ve algunos buenos cazadores que echándose la escopeta al hombro van alegremente á acechar las perdices en compañía de un solo perro. Algunas veces se reunen algunos jóvenes elegantes, tanto en Madrid como en provincias, y en las buenas estaciones van á hacer una montería; mas esto no es ni la sombra de las grandes y suntuosas cazas, de aquellos placeres reales que se han visto en España en otro tiempo hasta la época del rey Carlos IV, uno de los mayores cazadores. Hay que hacer justicia á la grandeza de estas cacerías reales.

Entonces habia grandes bosques, hermosos caballos y jaurias que aturdián con sus ladridos, numerosos convidados, mugeres siguiendo la caza en carruaje, resonando el cuerno y las trompas en los bosques, con todos los consiguientes episodios que producian las emociones y las risas. La persecucion del ciervo, los perros abiertos por el colmillo del jabalí, y á lo lejos un cazador desmontado traído en unas parihuelas con una costilla ó una pierna rota; abundantes almuerzos sobre la verde yerba regados copiosamente con ricos vinos, un gran festín por la tarde y tal vez una orgía por la noche despues del festín; grandes cántaros de vino para los criados; todo esto encontramos en el recuerdo de los tiempos de nuestros mayores, en la relacion de la vida de los señores feudales y de sus castillos en las antiguas crónicas. Esto puede verse todavia en su primitivo esplendor al otro lado del Rhin, y algo tambien en la caza de zorras en la alegre Inglaterra, lo que no se parece nada á la caza de liebres, perdices y conejos de nuestro país.

Pero ¡por San Huberto! patron de los cazadores, cuando uno va solo en una buena mañana al campo con el sentimiento de su libertad é independencia, con los miembros ágiles y dispuestos, el espíritu tranquilo y el corazón alegre, con una buena escopeta de dos cañones de piston, y un buen perro, con la perspectiva de encontrar un amigo antes de terminar el día; cuando se lleva á la espalda su morral bien provisto y en el bolsillo una buena petaca rellena de cigarros habanos, que nos vengan á hablar de las cacerías de la edad media y de las de los tiempos de Carlos III y Carlos IV, para utilizar los momentos de descanso que tiene el cazador mas intrépido cuando no le falta caza que tirar, y cuando tiene seguridad con su escopeta y su golpe de vista de llenar poco á poco su morral; cuando tiene seguridad de volver á su casa y hallarse de nuevo en el seno de su familia, y calentarse en un buen fuego á la chimenea con un amigo que le escuche los incidentes del perro y la perdiz, y de seguro se consolará cualquiera de no ser un rico-hombre ó un marqués, aunque solo tenga una casita por castillo y por parque un pequeño patio. Y así la caza divierte al aficionado y á su familia cuando vuelve sin costar las inmensas sumas que gastaban nuestros padres en estas diversiones.

Mas me gusta á mí detenerme en un molino, que en el sitio de la cita de la gran cacería, y mejor seguir el capricho de uno que las instrucciones del montero mayor; mejor el ir con mi perro, con mi libertad y mi alegría cazando lo que quiero y como quiero, á tener un centenar de perros

atraillados, castigados de continuo por los mozos de la jauría. Tal vez encontrareis en un recodo del camino ó senda un pobre viejo que no habrá comido en todo el día, y á quien alargándole una parte de vuestro desayuno digais: toma y come. Y tú, pobre madre, dá una codorniz ó una perdiz á tus pobres hijos.

La caza fué uno de los principales ejercicios á que se dedicaron los hombres desde los primeros tiempos. La Escritura dice que Nemrod, nieto de Noé, era cazador; Ismael, hijo de Abraham y de Agár, se distinguió en este ejercicio; Esaú vendió su herencia y primogenitura á Jacob por un plato de lentejas al llegar hambriento de la caza. David tambien fué cazador como otros muchos personajes eminentes de que nos hablan los libros sagrados. En la historia profana, la fábula nos presenta como divinidades protectoras de la caza á Diana y Chiron, siendo éste el que instruyó á la mayor parte de los héroes de la antigüedad, habiendo sido él mismo amaestrado por Diana en el arte de la montería. La misma atribuye á Polus la gloria de haber usado los perros en la caza, y nadie disputa á Castor el haberse valido el primero del caballo en la caza de los ciervos.

Dejando aparte la mitología y la fábula, es indudable, segun refiere la historia, que los babilonios y los medos tenían tambien una afición particular por la caza, y que los últimos habian construido grandes parques en los que tenían leones, jabalíes, leopardos y ciervos con objeto de cazarlos.

Los griegos y los romanos en los tiempos heroicos, fueron tambien muy apasionados á la caza, aunque entre los romanos fueron solo los esclavos y la gente baja la que mas se consagraba á este ejercicio. Sin embargo, hallamos que Paulo Emilio regaló á Escipion un atalage de caza, semejante al de los reyes de Macedonia, y que despues de la derrota de Perseo cazó en sus reinos todo el tiempo que las tropas permanecieron en él. Pompeyo, vencedor de los africanos, se consagró en estos países á los placeres de la caza. Los romanos iban á cazar á los bosques y campos, y en los últimos tiempos de la república en los cotos y cercas donde tenían encerrados animales de toda especie. Siempre les pareció lo mas noble la caza de los perros, si bien no impedia esto que cazasen con halcon ó con gavilán.

No siempre ha sido libre el ejercicio de la caza. Solon permitió al pueblo cazar; mas no siempre se siguió la ley de Solon y ya habia cazadores de contrabando en los tiempos de Pericles. Los romanos cazaban en sus tierras libremente y en las de los otros con permiso de sus propietarios. Estos conquistadores de medio mundo no fueron jamás grandes cazadores; comenzaron por la guerra y concluyeron por las orgías; han sido á la vez y alternativamente demasiado pobres para ir á la caza y demasiado ricos para solo comprarla.

En España desde los primeros tiempos de la monarquía se prohibió cazar en los bosques reales. En la edad media se hicieron leyes tan severas, para proteger los ciervos, los jabalíes y los conejos de los señores feudales que se lee en el libro de las *Fazañas* que algunos infelices que habian sido sorprendidos cazando en los bosques de los ricos-hombres eran ahorcados por esto de las ramas de un árbol del mismo bosque donde habian cometido la contravencion. En tiempos muy recientes de los reinados de Carlos III y Carlos IV, han ido á habitar los presidios de Africa algunos

desgraciados cuyo único delito consistía en haber sorprendido en un lazo algún conejo ó liebre en los bosques de San Ildefonso ó del Pardo.

La caza era, pues, entonces y ha sido casi siempre una diversion muy agradable para los señores, muy dura para los pobres y poco favorable á la agricultura. Siempre se han quejado los labradores de tener demasiada caza en sus campos y poca en su mesa. En estos últimos tiempos se ha regularizado por las leyes el ejercicio de la caza. Se han abolido los bárbaros privilegios que tenían los nobles, si bien se han conservado y protegido sus propiedades en los bosques de su pertenencia. Así es que el momento que se abolieron estos privilegios, fué una época terrible para las codornices, liebres, perdices y conejos, porque los pueblos se vengaron en ellos haciéndoles espiar la larga prohibicion que habían tenido de cazar. Hoy está permitido á todo propietario cazar en todo tiempo en sus lagos, estanques, en sus propiedades cerradas por muros ó setos, pudiendo valerse de redes y de otros medios. En los campos comunes es tambien permitida á todo el mundo la caza, excepto en la época de la veda, que es desde marzo á fines de junio, ley perfectamente establecida, porque si no se concluiría con la caza, no quedando ni una pluma ni un pelo.

La caza se divide en dos especies: caza de volatería y caza de montería. La primera comprende todas las aves desde el gorrión hasta el buitre; en la segunda se incluyen desde el conejo hasta los mayores cuadrúpedos conocidos. Cuatro son los modos de cazar: á espera, al puesto, á ojeo ó á la mano. En la caza á espera se aprovechan mejor los tiros que se hacen, pues se tira parado y acechando á la pieza á quien nadie asusta, razon por la cual es el modo que usan los principiantes. La caza á ojeo se verifica en los terrenos cuya topografía y circunstancias no son á propósito para caza á mano, y se escoge para cazar mas y con menos fatiga no siendo necesario grande habilidad. Este modo de cazar es poco apreciado de los buenos cazadores. El cazar á mano, esto es, reunidos varios compañeros, se encuentra mas porque fácilmente se escapa cuando uno va solo, y de este modo unos á otros se la echan y es mayor la diversion y el provecho. Las perdices se cazan al tiro ó al reclamo en el tiempo del celo en que están divididos los pares, valiéndose de un macho enjaulado que reclama á la hembra, lo que excita el celo del macho que viene en union de su compañera para reñir al que oye cantar. Entonces el que está en espera le dispara casi á boca de jarro y puede matar en un solo día muchos pares. En los meses de mayo, junio y julio esta caza se verifica en sentido contrario, valiéndose de la hembra como reclamo, lo que es casi igual, consistiendo la diferencia en que se funda en un hecho distinto. Como en esta época los machos están solos permaneciendo la hembra en el nido, acuden al canto de la hembra siendo muy fáciles de matar.

A pesar de no verse las grandes cacerías de los tiempos antiguos, son tantas las personas que se han dedicado á la caza que si no hubiesen tan prudentemente establecido las leyes que existen, bien pronto no quedaria ni rastro desapareciendo enteramente. La caza por diversion y no frecuente no descasta; mas la hecha para especular y sin respetar el tiempo de la cria, la aniquila, pues en ella se mata hasta las hembras de las especies, que es fácil conocer y que deberia perdonarse. Por eso nuestras leyes establecen sá-

biamente la veda. Hay un apólogo antiguo de los cazadores que hemos sacado del polvo de las bibliotecas, por lo cual no pedimos recompensa ni premio alguno por tan importante descubrimiento.

«La avaricia pierde todo queriendo todo ganarlo. Como apoyo y testimonio se cita la gallina que cuenta la fábula ponía todos los días un huevo de oro. Creyó su dueño hallar en ella un tesoro; la mató, la abrió y la encontró en un todo semejante á las demas sin hallar lo que buscaba y perdiendo de este modo aquel hermoso y rico bien.»

Esceleste lección para los cazadores que durante estos últimos tiempos se han visto de la noche á la mañana pobres por querer ser demasiado pronto ricos.

Mucho podriamos alargar este artículo con los detalles de los diferentes modos de cazar; pero remitiremos á nuestros lectores aficionados al esceleste tratado de caza que publicaron en 1845 los señores don Carlos Hidalgo y don Antonio Gutierrez y Gonzalez, que es lo mejor que se ha visto en este género y en el cual hallarán cuanto puede necesitar un cazador, tanto en los modos de cazar la volatería y la caza menor y mayor de pelo, como sobre los avíos, municiones, armas, modo de usarlas, higiene del campo, enfermedades, botiquin, educacion de los perros, instruccion de todas las aves y animales para el ojeo y la legislación vigente acerca de esta materia.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

EL HUÉRFANO.

El célebre pintor Freeman ha trazado un delicioso cuadro que reproducimos hoy, y cuyo asunto es meramente sencillo y eminentemente moral.

Tres días hace que el ruido de la tempestad ha despertado á la familia del pescador. Los torbellinos de viento y granizo chocaban violentamente con el techo de paja de la cabaña, haciendo temblar los viejos maderos, y alguna agua entraba á través de las mal cerradas ventanas: retumbaban los truenos á intervalos, y desaparecia la oscuridad de vez en cuando al siniestro resplandor de los relámpagos. Asustados los niños se aproximan á su madre llorando, empero esta les ha dicho:

—Dad gracias á Dios, hijos míos; vuestro padre no está en el mar.

A este recuerdo, cálmase en parte la angustia que producía la ausencia del que les hace vivir despues de Dios; aquel pensamiento tranquiliza su terrible emocion.

¡Dar gracias á Dios! Los niños lo hubieran querido, empero no tienen valor para ello cuando á la mañana siguiente ven el patio sembrado con las ramas del gran peral, la parrá despojada de todas sus yemas y pámpanos, las flores del huerto marchitas y destrozadas por el granizo y anegadas en el lodo. ¡Ay! ni una sola primavera, ni un solo clavel ha escapado de la tormenta. El parterre que formaba el orgullo del padre y su felicidad, no es mas que un suelo desigual surcado por los arroyos del agua y cubierto de las hojas que el vendaval ha arrancado á los árboles.

La manga de aire casi ha arrebatado el techo de su pobre morada. En vano buscan con sus miradas aquellos marcos de enredaderas que adornaban los contornos de la ventana de la casa y la daban fresca y amena sombra. Empero no se engañan notando los restos que ha sembrado el viento; hacia sus piés se ven unos copos de lana y de pelote: es



El huérfano.

un nido arrancado del techo por la tempestad. Desolada la madre, revolotea alrededor de ellos rozando la tierra y dando lastimosos gritos. ¡Ay! acababan de percibir la causa de su dolor: toda una familia cubierta de plumas precipitada

de la altura que habitaba, ha venido á estrellarse contra las piedras del camino.

Los niños miran los pajarillos desparramados sobre la tierra con su alita tendida y el pico entreabierto. Llenos de una involuntaria compasion ante aquellos restos de aquella débil y corta existencia, se bajan para verlos de mas cerca; los tocan con el dedo con tímida precaucion.

¡No es una equivocacion! Uno de los pajaritos ha hecho un movimiento; sus ojos se han abierto y dejado oír un débil *pio*. Los niños responden á él con una exclamacion de alegría; levantan el pajarillo y miran á la madre que los abrigaba..... Ha desaparecido en el azul del cielo para no volver mas dejando á su cargo aquel huérfano!

No temais que le abandonen; la madre ha encontrado ya un pequeño agujero en donde se hallará caliente y al abrigo de todo peligro. El padre ha preparado él mismo una jaulita en la que con migas de pan piensa mantenerlo. El pajarito, que no quiere mas que vivir, ha aceptado el alimento, y despues de tres dias ha recobrado sus fuerzas y se ha animado, viéndosele ahora buscar el pasto pidiéndole con su piar. Cada una de sus comidas es una fiesta de familia. Jamás comió rey de España alguno cuando se hacía la corte á estos señores asistiendo á sus comidas, escitando tanta curiosidad y atencion como escita la comida del pobre pajarillo. A cada movimiento suyo lánzase un grito de alegría y admiracion, y las bocas de los dos niños rien con la sonrisa del triunfo.

El padre se presta á estas sencillas diversiones; las comparte con ellos. Hace tres dias que se ha arreglado el techo de la cabaña, se ha vuelto á sembrar el parterre de nuevo, y los restos de la parra y del peral se han recogido con el mayor cuidado. Al ver la alegría de los niños les pregunta el padre si sienten todavía la tempestad.

—No, responde el mayor, porque nos ha traído este pajarillo desplumado.

—¿Y sabéis para qué puede servir? preguntó el padre.

—Para aprender á enseñar pájaros, dijo el mas pequeño.

—Y para hacer bien, responde el pescador. Es preciso aficionarse á amar lo que vive, y á cuidar á los que padecen; este es un deber. Mas tarde el pajarillo os pagará vuestro trabajo con sus gracias, y embellecerá la cabaña con sus canciones; esta es la recompensa.

—¿Y si se vuela? preguntó el niño.

—Si se vuela, replicó el padre, recordareis lo que habeis hecho por él y lo que era; encontrareis placer en hablar de ello, y os habrá dejado un recuerdo grato. Así esta tempestad que os llenaba de miedo, y durante la cual no queríais dar gracias á Dios como os lo pedia vuestra madre, os ha traído alguna utilidad. Pensad siempre en Dios. En la vida, hijos míos, de las desgracias como de las tempestades, siempre se puede sacar algun provecho para los demas ó para sí mismo. Lo importante es aceptar lo que viene, y no pensar en lo que el huracan nos lleva, sino en lo que nos deja.

FACUNDO MIGUEZ.

BOABAB.—Proviene este árbol de las comarcas de la India Oriental y tiene un grueso extraordinario: se ven troncos que tienen hasta sesenta pies de circunferencia. Los habitantes del pais se alimentan con su fruto y aun con sus

hojas: las cavidades que se forman en el interior de sus troncos pueden contener bastante agua para apagar la sed de muchos millares de hombres durante un dia.

FUENTES Y POZOS INFLAMABLES.—Son estos aquellos cuyas aguas contienen materias oleosas ó gases inflamables; cuando se aproxima una luz á las aguas de estos manantiales, las materias combustibles que contienen se inflaman.

EL PARO.

Los paros de cola larga (*parus caudatus*) son unos pajaritos muy notables por el afecto que entre sí tienen, y que llega algunas veces hasta la mas generosa abnegacion. Tienen los paros el pico delgado, corto, cónico, derecho sin sesgo, comprimido, cortante, terminado en punta, guarnecido en su base de pelitos que ocultan sus narices: son muy vivos estos pajaritos, revolotean sin cesar de rama en rama trepando por ellas y colgándose en todas direcciones.

Anidan en los troncos de los árboles donde se construyen artificiosamente su nido entrelazado con juncos y palitos. Ponen un gran número de huevos, se alimentan de insectos, de frutas, de granos que rompen con el pico, bastante fuerte para cascar las nueces, las almendras y avellanas, de modo que puedan alimentarse con la sustancia que contienen.

Los paros de larga cola son negros por arriba, y blancos por la pechuga. Viven y viajan en bandadas, rara vez menos de doce, y nunca mas de veinte y cinco á treinta.

Si alguno se ve en un peligro llama en su socorro á sus compañeros, que todos se precipitan en su ayuda sin considerar el peligro que les amenaza. Si se trata de una ave de rapiña la cercan atrevidamente, la atacan por todos lados, la sitian, la acosan, la persiguen y la fuerzan á huir á todo vuelo.

Si un cazador se apodera de un paro y lo encierra en una jaula los demas le traen la comida, y se ocupan activamente en devolverle la libertad. Eligen para esto con mucha inteligencia la parte de su prision, en que es mas débil y menos espesa la caña ó palo, y á fuerza de quitar partículas con su piquito puntiagudo y muy duro, y concluyen por hacer un agujero bastante grande para que pueda pasar y escaparse por él el prisionero. Cuando se halla libre todos á la vez dan un chillido de alegría y gozosa abandona la banda la comarca para no volver mas allí.

Si un paro queda sujeto en un lazo por una patita, nada es mas curioso y divertido como el ver la destreza que ponen en desatar el nudo que lo sujeta, y logran siempre deshacerlo.

Algunas veces ha sucedido el atar un paro por una patita con un bramante y hacer cinco ó seis nudos uno sobre otro, y los demas han venido y los han desatado todos con una paciencia y destreza admirables.

Los cazadores que conocen el amor y afecto que se tienen estos pajaritos se valen y aprovechan de él para co-gerlos.

Cuando han pillado alguno con red, lazo ó de otro modo, lo atan con un bramante, y untan con liga en toda su superficie á lo largo: chilla el pájaro, inmediatamente acude uno para libertarlo y queda cogido en la liga. Se pone á

chillar tambien, y viene un tercero, que queda pegado lo mismo; despues un cuarto, un quinto, y así en seguida los demas hasta que toda la bandada sin faltar siquiera uno queda cogida en el fatal bramante ó cuerda.



El paro de cola larga, y su nido

El amor de familia, es pues, admirable y particular en estos pajaritos.

Hay diversas clases de paros, el azul que se llama abejaruco, y otro llamado paro carbonero ó fringíalo.

Hacen sus nidos en forma de botella que cuelgan de una rama en la forma con que lo presentamos en el grabado de este artículo.

FACUNDO MIGUEZ.

1858 INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- El Invierno, por el conde de Fabraquer, página 2.
- Federico ó el jóven batelero, por el conde de Fabraquer, p. 3.
- Madama de Maintenon, ó el colegio de Saint-Cyr, por don Fernando Beltran, p. 6.
- La casa de Pansa en Pompeya, por don Santos Gonzalez, p. 11.
- Ugolino, por el conde de Fabraquer, p. 14.
- La Suiza en invierno, por don Fernando Beltran, p. 15.
- El Garduño, por el conde de Fabraquer, p. 18.
- Cascada y muro romano cerca de Aix, p. 25.
- Asesino y suicida, leyenda, por don Alejandro Gonzalez, ps. 26, 50 y 74.
- Gainsborough, p. 34.
- Triunfo de Cristóbal Colon, por el conde de Fabraquer, p. 38.
- La vuelta del campo del trabajador, por el conde de Fabraquer, p. 40.
- El cacao y el chocolate, p. 42.
- Worcester, p. 43.
- Niza y Cannes, p. 43.
- El rinoceronte, p. 47.
- La infancia, por don Fernando Beltran, p. 50.
- Costumbres del Tirol, por el conde de Fabraquer, p. 55.
- La república de Ter-Piette, por el conde de Fabraquer, p. 57.
- Demócrito, por don Fernando Beltran, p. 60.
- Llanos de la América Meridional, por don Facundo Miguez, p. 63.
- Antigüedades asirias, por don Facundo Miguez, p. 64.
- Descubrimiento de Madera, crónica portuguesa, por don M. de la Torre, p. 66.
- La Virgen curando las llagas de Jesus, por el conde de Fabraquer, p. 71.
- Castillo de Barben, por don Fernando Beltran, p. 72.
- El niño y los gatos, por don Fernando Beltran, pág. 73.
- La Primavera, por el conde de Fabraquer, p. 81.
- Un torneo en Corinto, por M. Latorre, p. 82.
- Felipe III, por don José Muñoz y Gaviria, p. 84.
- Los lagos de Gosan, por don Manuel Nuñez, p. 87.
- El Corricolo, por Alejandro Dumas, p. 89.
- El frison de la maza, por don José Muñoz y Gaviria, p. 89.
- El casoar de la Nueva Holanda, por don Fernando Beltran, p. 95.
- La madre chiquita, por don Antonio Hernandez, p. 97.
- Las cuentas de tutela, por don Jose Muñoz y Gaviria, p. 98.
- La Torre Clotilde, por don José Muñoz y Gaviria, p. 102.
- El caballo del ugiar, por don José Muñoz y Gaviria, p. 103.
- El castaño de Robinson, por don Fernando Beltran, p. 107.
- El novio de Varna, por don Alejandro Gonzalez, p. 110 y 126.
- La juventud, por don Pedro Beltran, p. 117.
- El prisionero, por el conde de Fabraquer, p. 118.
- El mono de la aldea, por don Matías del Rio, p. 119.
- La eternidad, leyenda, el pájaro del Paraíso, por don José María Díaz, página 122.
- Pompeya, por el conde de Fabraquer, p. 123.
- Astronomía, p. 131.
- Los baños de Gastein en Austria, por don Santos Gonzalez, p. 133.
- Prud'hon, por don Fernando Beltran, p. 136.
- Asesinato de Jacobo Murray, regente de Escocia, por don José Muñoz y Gaviria, p. 137.
- Leyenda de Tanchelm el herege, por el conde de Fabraquer, p. 139.
- San Francisco de Sales y el señor de Lesdiguieres, por el conde de Fabraquer, p. 142.
- El cuervo azul, por N. Melendez, página 143.
- El Verano, por don Fernando Beltran, p. 145.
- La procesion del Corpus en Valencia, por don José Muñoz y Gaviria, p. 146.
- Humillacion del emperador Barbaroja, por el conde de Fabraquer, p. 151.
- Los baños de Sextius en Aix, por don José Muñoz y Gaviria, p. 153.
- Estudios históricos.—El juego de pelota de Condé, por el conde de Fabraquer, p. 155.
- El mono de Carlos V, por don José Muñoz y Gaviria, p. 157.
- Viage á la América Meridional, por don José María Díaz, p. 158.
- Costumbres del ducado de Baden, por el conde de Fabraquer, p. 161.
- Una noche horrorosa, por don José Muñoz y Gaviria, p. 162 y 170.
- La cartuja de Dijon, por don Matías del Rio, p. 168.
- La edad madura, por don Santos Gonzalez, p. 169.
- Un matrimonio breton, en el siglo XIV, por don José Muñoz y Gaviria, p. 175.
- Inés de Bohemia, por el conde de Fabraquer, p. 177.
- El hombre de buen humor, por el conde de Fabraquer, p. 178.
- Los dos perros, por don Santos Gonzalez, p. 179.
- Aldeanos de la Cervara, por el conde de Fabraquer, p. 183.
- San Pablo y Séneca, por el conde de Fabraquer, p. 183.
- La vuelta del colono á su alquería, por don Alejandro Gonzalez, p. 185.
- Fatalidades de Adriano Bronwer, por el conde de Fabraquer, p. 186.
- La muerte del duque de Guisa, por don José Muñoz y Gaviria, p. 191.
- Un asunto para un idilio, por don Alejandro Gonzalez, p. 193.
- Un Doria, por el conde de Fabraquer, p. 194.
- La casa de Ango, por don José Muñoz y Gaviria, p. 196.
- La batalla del Guadalete en Jerez, por don Santos Gonzalez, p. 198.
- El emerillon de América, por don Matías del Rio, p. 199.
- Alof de D' Vignacourt, gran maestre de la órden de Malta, por don José Muñoz y Gaviria, p. 202.
- El tocador de organillo, por don José Muñoz y Gaviria, ps. 203 y 226.
- Viage á la América Meridional, por don Fernando Beltran, p. 208.
- El libelo, por don José Muñoz y Gaviria, p. 211.
- Posada flamenca, por don Fernando Beltran, p. 215.
- La hospitalidad en el Norte, por don Facundo Miguez, p. 217.
- La servilleta cortada, por don José Muñoz y Gaviria, p. 219.
- La historia de un diamante, por don Fernando Beltran, p. 222.
- La Fontaine, por don José Muñoz y Gaviria, p. 223.
- La Garnacha, por don Fernando Beltran, p. 225.
- Mausoleo de la Sultana de la India, página 230.
- El otoño, por don F. Miguez, p. 233.
- Tohun.—Viage en ferro-carril á las orillas del Rhin, por el conde de Fabraquer, p. 234.
- La capilla de Guillermo Tell, por el conde de Fabraquer, p. 236.
- El desafio del caballero Bayardo, por el conde de Fabraquer, p. 238.
- La caza de la zorra, por don Fernando Beltran, p. 239.
- La vejez, por don Facundo Miguez, página 241.
- Santa Cecilia, por el conde de Fabraquer, p. 242.
- La cabaña de Martin, por don Antonio Herrerin, p. 246.
- Larrey, por don Fernando Beltran, página 248.
- La primera misa en América, por don Facundo Miguez, p. 249.

- Viages religiosos.—El monte Sinaí, por el conde de Fabraquer, p. 250.
 Pesca en baja mar, por don Antonio Herrerin, p. 255.
 El argonauta, por don José Muñoz y Gaviria, p. 255.
 Los placeres del paseo, por don José María Díaz, p. 257.
 Pandrillo el ahorcado, por don José Muñoz y Gaviria, p. 258.
 Una madre, por don J. M. y G. p. 261.
 Dresde, por don Toribio Mijan, p. 264.
 Una religion nueva, el mormonismo, por don José Muñoz Gaviria, p. 265.
 El castillo de Boursault, por don Fernando Beltran, p. 268.
 Alfonso Kaarr, por don José Muñoz Gaviria, p. 270.
 Irlanda, Killarney, por don Santos Gonzalez, p. 271.
 La familia holandesa, por don Pedro Fuentes, p. 273.
 Un secreto de estado, por don José Muñoz Gaviria, p. 276.
 Nuremberg, por don Fernando Beltran, p. 280.
 Los cazadores, por don José Muñoz Gaviria, p. 281.
 El huérfano, por don Facundo Miguez, p. 283.
 El paro, por don Facundo Miguez, página 287.

INDICE DE LOS GRABADOS.

- El invierno, p. 1.
 Madama de Maintenon, p. 8.
 1.^a Madama de Maintenon.—2.^a Señora religiosa profesora.—3.^a Señora novicia.—4.^a Señorita de segunda clase.—5.^a Señorita de primera clase.—6.^a Señorita de cuarta clase.—7.^a Señorita de tercera clase, p. 9.
 La casa de Pansa en Pompeya, en su estado actual, p. 12.
 La casa de Pansa en Pompeya, restaurada por Duban, p. 13.
 Una vista de Suiza.—Cascada suspendida por el hielo, p. 17.
 Hoy día le hizo subir otro escalon mas: el último, p. 24.
 Cascada del río La-Cause, y muro romano cerca de Aix, p. 25.
 El hombre azul, p. 36.
 El grande hombre dobló en tierra la rodilla, humillando ante Dios su genio, p. 37.
 La vuelta del trabajador.—Cuadro de A. Van-Muyden, p. 41.
 Una fuente sobre el muelle del Mediodía en Niza, p. 45.
 El rinoceronte, p. 48.
 La infancia, p. 49.
 Habitantes del Tirol, p. 56.
 Demócrito en meditación, p. 61.
 Escavaciones en la antigua Nínive.—Cuadro de Mr. Gilbert, p. 65.
 Vista exterior del castillo de Barben, p. 72.
 El niño y los gatos.—Cuadro de Morin, p. 73.
 Los encantos de la primavera.—Cuadro de Jony Joahnnot, p. 81.
 Sus ojos estraviados tropezaban en la imagen del Redentor del mundo, página 85.
 Los lagos de Gosan, p. 88.
 El casoar, p. 96.
 La madre chiquita, p. 97.
 La torre Clotilde, p. 104.
 Robinson y el caserio de San Eloy.—Aldea de Sceaux, p. 108.
 Aldea de Sceaux.—El castaño de Robinson, p. 109.
 La juventud, p. 117.
 El mono en la aldea, p. 120.
 Cuanto mas las escuchaba fray Alfus, mas sentía aumentarse su alegría interior, p. 121.
 Via de los sepulcros de Pompeya, página 125.
 Lección de astronomía, por José Wright, p. 132.
 Baños de Gastein en Austria, p. 133.
 Últimos momentos de un padre.—Cuadro bosquejado por la señorita Mayen, y terminado por Prud'hon, p. 136.
 Asesinato de Jacobo Murray, p. 137.
 El cuervo azul, p. 144.
 Navegacion en el estío, p. 145.
 Humillacion de Barbaroja, p. 152.
 La fuente de los baños de Aix, página 153.
 Baile de los indios yagas, p. 160.
 Trages de los aldeanos de Baden, página 161.
 La cartuja de Dijon, p. 168.
 La edad madura, p. 169.
 Ives de Montrelais, á la puerta de Feliciana, p. 176.
 El perro del señor.—Dibujo de Freeman, p. 180.
 El perro del criado.—Dibujo de Freeman, p. 181.
 Vuelta del colono á su alquería, página 185.
 Muerte del duque de Guisa.—Cuadro de Pablo de la Roche, p. 192.
 Una labradora.—Cuadro de A. Van-Moyden, p. 193.
 La mansion de Auga, p. 197.
 El emerillon de América, p. 200.
 Alof D' Vignacourt, gran maestro de Malta, p. 201.
 Indios de las orillas del Ucayale, página 209.
 Posada flamenca, p. 216.
 Interior de una habitacion noruega.—Cuadro de Fideiman, p. 217.
 Juan de La Fontaine, p. 224.
 Ruinas del castillo de la Garnacha, página 225.
 Mausoleo de la Sultana en Agra, página 232.
 El otoño, p. 233.
 Capilla de Guillermo Tell, p. 237.
 La caza de la zorra, p. 240.
 La vejez, p. 241.
 Larrey, p. 248.
 La primera misa en América, p. 249.
 El argonauta, p. 256.
 Paseo en una alameda, p. 257.
 Vista del ministerio de Hacienda en Dresde, p. 264.
 Una caravana de mormones, p. 265.
 Castillo de Boursault, p. 269.
 Killarney, p. 272.
 La familia holandesa, p. 273.
 Nuremberg, p. 280.
 El huérfano, p. 284.
 El paro de cola larga y su nido, p. 288.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

- Ugolino, p. 14.
 Worcester, p. 43.
 La Virgen lavando las llagas de Jesus, p. 71.
 El Corricolo, p. 89.
 El prisionero, p. 118.
 San Francisco de Sales y el señor de Lesdiguieres, página 142.
 El paralítico, p. 146.
 Aldeanos de la Cervara, p. 183.
 San Antonio, p. 194.
 Tôhun, p. 235.
 La cabaña de Martin, p. 246.
 Los cazadores, p. 281.



INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- Alberto el Grande y su siglo, leyenda por don Salvador Costanzo, páginas 2, 41, 66 y 176.
- Escenas de familia.—La fiesta de San Nicolás en Holanda.
- Worms, gran ducado Hesse.
- Estudios anecdóticos.—Una historia de ladrones, por don Fernando Mellado, pág. 10.
- Glorias de España.—Derrota de Roncesvalles, por don Francisco Fernandez Villabril, p. 14.
- Los gansos, p. 15.
- Silvas y Pachecos ó los bandos de Murcia, por el conde de Fabraquer, páginas 18, 34, 68, 83 y 115.
- La mujer en todos los pueblos, por don A. P., ps. 26, 60 y 75.
- Abside de la catedral de Angulema, página 30.
- Ramilletes de Alfonso Karr.—Primer ramillete para la juventud, p. 30.
- El arte en Marsella, p. 33.
- Historia de los pintores.—David, página 39.
- El libro misterioso, p. 44.
- Los animales microscópicos, p. 47.
- Carlos XII, rey de Suecia, y el labrador Musebek; tradicion popular, página 47.
- Escenas de familia.—El casamiento cristiano, por J. F.
- Estudios histórico-religiosos.—Santa Teresa de Jesus, por el conde de Fabraquer, p. 52.
- Historia de una flor, por I. R. L., página 58.
- Costumbres holandesas.—Hindelopen, página 63.
- La abadía de San Vandrille, p. 72.
- Escenas religiosas.—La primera comunión, p. 74.
- Glorias de España.—Endon, duque de Aquitania, por don Francisco Fernandez Villabril, p. 74.
- La madre Juana, p. 79.
- Provins.—Departamento del Sena y del Marne, p. 87.
- De la simbólica mitológica y con especialidad de las flores, por don Salvador Costanzo, ps. 90 y 102.
- Una evasión milagrosa, pág. 92.
- Ramillete de Alfonso Karr.—Segundo ramillete para la juventud, p. 95.
- Historia de las golondrinas, leyenda, página 98.
- Una lucha de esclavos en Africa, página 101.
- La Nueva Caledonia, por De Joncieres, p. 105.
- Fabricación del fósforo y de las cerillas fosóricas, por el conde de Fabraquer, página 111.
- La Sacra familia de Rafael.—El grabador baron Desnoyer, p. 112.
- Abnegacion y carino.—Cuento indio, página 115.
- Decálogo de Linneo, p. 119.
- La fiesta del abuelo, leyenda de Bohemia, p. 121.
- Influencia de la mujer en la sociedad, por A. P., p. 125.
- Ciencias y artes.—Las estrellas errantes ó corredoras, por el conde de Fabraquer, p. 128.
- Las herencias de José, p. 129 y 150.
- Los protomártires de la lealtad española en América, por el conde de Fabraquer, p. 137.
- Viaducto del camino de hierro de Lion al Mediterráneo, entre Tarascon y Beaucaire, p. 143.
- La Legion de Honor, p. 145.
- Literatura moderna, por don Isaac Pastor Diaz, p. 146.
- Academia instituida por Carlo-Magno, por el conde de Fabraquer, p. 159.
- Santa Catalina virgen y martir; historia, leyenda, arqueología, por el conde de Fabraquer, p. 160.
- Dificultades que se ofrecen al que busca un buen tema y elogio de la anarquía, por don Salvador Costanzo, página 162.
- Los canarios, por el conde de Fabraquer, p. 166.
- San Agustin y su madre Santa Mónica, por el conde de Fabraquer, p. 169.
- El conde de Alarcos.—Tradicion toledana, por el conde de Fabraquer, p. 171.
- Aspinwal.—El cazador señor Valran, página 180.
- El jubileo, por F. F. Ferrandis, p. 187.
- Páginas sueltas, por A. P., p. 189.
- La Música, por el conde de Fabraquer, página 193.
- Las Dos Hermanas.—Tradicion madrileña, por don Dionisio Chaulié, p. 196.
- Edificios de Toledo, p. 203.
- Ramilletes de Alfonso Karr.—Primer ramillete á las mujeres, p. 206.
- Historia en forma de novela.—El nacimiento de un gran monarca, por don A. Ferrer del Rio, p. 210.
- El primer desafío de Pierrot, por el conde de Fabraquer, p. 215.
- El cuadro de Duncan Grey, p. 217.
- Ramilletes de Alfonso Karr.—Primer ramillete para los amigos, p. 218.
- Del buen empleo del tiempo, por don Salvador Costanzo, p. 222.
- Galatea, proverbio del tiempo de los fenicios, p. 224.
- Estudios históricos.—La Rusia, por el conde de Fabraquer, p. 227, 249 y 279.
- El iman y el magnetismo, por el conde de Fabraquer, p. 231.
- Los diamantes de una diadema, por el conde de Fabraquer, p. 232.
- Fuegos artificiales, por el conde de Fabraquer, p. 235.
- Los juguetes.—Su importancia comercial, por el conde de Fabraquer, página 236.
- El talisman, leyenda andaluza, p. 238.
- Grandeza y decadencia de un caballero del Santo-Spiritu, p. 241.
- Cuadro de las varias épocas de la vida humana, por don Salvador Costanzo, página 243.
- Glorias de España.—El capitán Alonso de Céspedes, por don Francisco Fernandez Villabril, p. 247.
- Progresos de la fabricación del papel pintado, p. 246.
- Dorado eléctrico, por el conde de Fabraquer, p. 256.
- El Tríptico de las damas de Lion, páginas 256 y 267.
- Tacuati.—Crónica americana, por don I. A. Bermejo, ps. 258 y 267.
- La penúltima reina de Polonia, por el conde de Fabraquer, p. 263.
- Las fiestas de familia.—El pastel del día de Reyes: la parte de Dios, p. 266.
- Catalina de Braganza, p. 269.
- El Japon entreabierto, p. 271.
- Cuadro del cazador, p. 275.
- Los hilos de la Virgen, ó las arañas viajeras, p. 278.
- Máximas morales, religiosas y sociales, por don Salvador Costanzo, p. 287.



INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- Goces del invierno, página 1.
 La fiesta de San Nicolás en Holanda, copia del grabado de Hubrac, p. 8.
 Catedral de Worms, p. 9.
 Gamos del jardín de aclimatación, página 16.
 Gamos de Gambia y del Danubio, página 17.
 La Caza, p. 24.
 Penalidades del invierno, p. 25.
 Vista de la catedral de Angulema, p. 29.
 Techo de uno de los cafés de Marsella, p. 33.
 Gerardo y su familia, cuadro por David, p. 40.
 Marcelo hizo un profundo saludo y fué á arrodillarse ante Yolanda, p. 45.
 Las pasiones del hombre según sus edades, p. 48.
 El casamiento cristiano, p. 49.
 Santa Teresa de Jesús, p. 57.
 Mujeres de Frisia, p. 64.
 Trajes holandeses, p. 65.
 Vista de la abadía de San Vandrille, página 72.
 La primera comunión, p. 73.
 La madre Juana cuenta su historia á los campesinos, p. 81.
 Vista general de Provins, p. 88.
 Vista del castillo de Provins, p. 89.
 Las golondrinas, p. 97.
 Valle de Koko, p. 105.
 Choza de Tia-Puma, p. 105.
 Pah fortificada en Nueva Caledonia, página 108.
 Trasmisión del poder supremo, p. 108.
 Navío atacado por piraguas, p. 109.
 Sacrificio humano, p. 109.
 Copia de la Sacra Familia de Rafael.— Grabado del baron Desnoyer, p. 113.
 Las pasiones de las mujeres según sus edades, p. 120.
 La fiesta del abuelo, p. 121.
 Presentación del escribano Bernard en el parque de José, p. 132.
 Dadle, hijos míos, un abrazo á vuestro pariente, p. 133.
 El conde Bachtriany, p. 137.
 Viaducto del camino de hierro de Lion, página 144.
 La Legión de Honor, p. 145.
 Gausseman y su esposa, p. 153.
 Caballeros, no me hagan vds. daño, página 156.
 El abuelo era el único que de pié estaba con la Biblia en la mano y los ojos alzados al cielo, p. 157.
 Santa Catalina, mártir, p. 161.
 Los canarios, p. 168.
 San Agustín y su madre Santa Mónica, página 169.
 Una joven mulata de unos quince años estaba peinándose al aire libre, página 181.
 Primitivo territorio de Aspinwal, página 184.
 Sobre una mesa gesticulaban muchos músicos burlescos, p. 185.
 Los siete pecados capitales. Composición de L. Breton, p. 192.
 La Música, p. 193.
 Capilla mayor de la catedral de Toledo, página 204.
 Interior de la ermita del Santo Cristo de la Luz, p. 205.
 Primer ramillete á las mujeres, p. 209.
 El primer desafío de Pierrot, p. 216.
 El cuadro de Duncam-Grey, p. 217.
 La fiesta de Semik, p. 228.
 Rusos de viaje, p. 229.
 El oficial de carpintero y su hija, página 233.
 Que nadie toque á ese reptil, p. 240.
 Creación de la orden del Santo-Spíritu, página 241.
 Pedro el Grande, czar de Rusia, página 252.
 Palacio de invierno en San Petersburgo, página 253.
 Tríptico de las damas de Lyon, p. 257.
 María Josefa, reina de Polonia, p. 264.
 El pastel del día de Reyes, la parte de Dios, p. 265.
 Nangasaki, p. 272.
 El Mikado, p. 272.
 Dama japonesa en palanquin, p. 273.
 Ainos, en los Kouriles, p. 273.
 El cazador desgraciado, cuadro de Briouin, p. 277.
 Monumento á Pedro el Grande, p. 280.
 Catalina II, p. 281.
 Vista de la costa del mar Báltico, página 285.
 Los que se entiende por la palabra dar, página 290.



los preceptos evangélicos está depositada la gran doctrina de todas las virtudes, comprendidas en estas palabras: *Amá á tus semejantes como á ti mismo*. El hombre virtuoso, pues, no puede desconocer la necesidad de ser religioso, y el cristianismo nos presenta el modelo del hombre perfecto.

El cristiano resiste con fuerza á las adversidades, que son enemigas irreconciliables de la opresión y de la vil hipocresía, y es un gran filántropo que todo lo perdona con heroica indulgencia. El cristiano no se venga de sus perseguidores, aun cuando pueda hacerlo: el cristiano fraterniza mas bien con los pobres que con los ricos, y no envidia á los dichosos de la tierra: el cristiano no aprecia á los hombres por su ciencia y prosperidad, sino por los sentimientos virtuosos que abrigan en su corazón y por sus buenas acciones: el cristiano, pues, respeta á la humanidad, y descubre en cada uno de sus semejantes la imagen del Creador.

Los remordimientos, que desgarran el corazón de los malvados y de los incrédulos, son el testimonio mas brillante de que existe un Dios, una ley natural, que nos ordena ser virtuosos, y la inmortalidad del alma. Si estas tres cosas no existiesen ¿en dónde encontraríamos la causa que produce los remordimientos?

La inmensidad de lo creado y los fenómenos inexplicables de la naturaleza nos obligan á confesar que existe un Ser Supremo; pero la voz interior de nuestra conciencia nos lo manifiesta á cada paso con mas claridad aun que el reflejo de nuestra propia imagen en un espejo reluciente.

Nuestra vida es corta y laboriosa, y no tenemos el tiempo suficiente para perfeccionarnos en un arte ó en una profesión. El hombre no vive lo bastante para ser el primero de los pintores, de los arquitectos, de los jurisconsultos, etc.; pero, por muy corta que sea nuestra vida, podemos ser siempre buenos cristianos, lo que nos prueba, que no hemos nacido para ser pintores, arquitectos ó jurisconsultos, sino para ser verdaderos cristianos.

Burlaos de los pretendidos reformadores del mundo que os dicen: «El cristianismo es un edificio carcomido, que amenaza ruina.» Si queréis refutarlos sin bajar á la palestra de discusiones fútiles y sofísticas, preguntadles: «¿Está carcomida acaso la idea del amor á nuestros semejantes?—¿Podemos mejorarla ó reformarla?—¿Está carcomida la idea fundamental de toda sociedad, de que el primer deber del hombre es la observancia mas rigurosa de la justicia?—¿Está carcomida la idea de que la emancipación de la mujer, mandada por el Evangelio, ha robustecido los lazos de familia, y ha dado á la sociedad un aspecto de alegría?—Está carcomida la idea de que el vicio y la inmoralidad arrastran los hombres y los Estados al abismo y á la perdición?—Nuestros pretendidos reformadores os contestarán, si no han perdido el juicio, que estas ideas, lejos de estar carcomidas, son las que dan fuerza y lozanía á toda sociedad bien organizada. Pero, si esto es cierto, ¿cómo pretenden sostener el absurdo de que el cristianismo, que ha consolidado todas estas ideas útiles y fundamentales, y que inculca cada vez

mas su práctica, es un edificio carcomido que amenaza ruina?

La mayor de todas las calamidades para un Estado es la completa disolución de las costumbres, que diviniza el vicio hasta el punto de que se juzga bochornoso ser hombre de bien. Entonces se quebrantan todos los lazos sociales; todas las profesiones y las artes se convierten en instrumento de fraude y engaño; los hombres son perversos por cálculo, y las mujeres hacen alarde de sus debilidades deshonestas é impúdicas. Entonces la sociedad desquiciada nos ofrece el aspecto de un completo trastorno. La primera ciencia, pues, de los hombres debe ser la moral, y el que la posea, mandará á sí mismo y á los demás.

Burlaos de los que pretenden reformar la sociedad y todas las ciencias humanas y divinas con especulaciones inconcebibles y abstractas, sujetando las reglas de la moral á cálculos metafísicos y fantásticos. La moral, como dijo Sócrates, consiste en la práctica de todas las virtudes, y no en la charlatanería de las definiciones ridículas y pedantescas.

No todos los hombres pueden colocarse en la alta gerarquía de los sábios, y anhelan mas bien reglas prácticas, que estén al alcance de la inteligencia común que teorías abstractas. Hé aquí por qué los Evangelios son superiores á los libros de todos los filósofos.

El mas sabio de los hombres es el que se acostumbra á despojar de su oropel las acciones humanas. Este hombre dichoso desterrará de su mente todas las preocupaciones, que dan un aspecto distinto del suyo propio á las virtudes y á los vicios, segun la condicion de los hombres, que practican las primeras ó se dejan arrastrar por los segundos. Esforcémonos, pues, á juzgar con sensatez, si queremos mirar todas las cosas bajo su verdadero punto de vista.

Los hombres, dotados de una imaginación muy viva, deben cultivar con mas cuidado la buena lógica para perfeccionar sus juicios, porque la imaginación suele dar formas colosales ó falsas á los objetos que nos rodean.

El hombre se distingue de todos los demás seres animados por la fuerza de su razón; debemos, pues, cultivarla con preferencia á todas las demás facultades intelectuales, como la imaginación, la memoria, etc. El hombre, que no se se la imaginación, la memoria, etc. El hombre, que no se se la para jamás de lo que le sugiere su buena razón, evitará la mayor parte de los escollos esparcidos en el tempestuoso mar de la vida.

Guardémonos de distinguirnos por nuestras excentricidades, por nuestros discursos poco comedidos y por nuestras palabras aventuradas ó inoportunas, porque este conjunto de cosas es un indicio de que no hemos sabido cultivar nuestra razón. Los disparates, que hablan los niños, provocan una risa cariñosa, y revelan su inocencia; los disparates, que hablan los jóvenes, dan una mala idea de la cultura de su espíritu; los disparates, que hablan los hombres adultos, provocan la ira y un desprecio profundo.

SALVADOR COSTANZO.

LO QUE SE ENTIENDE POR LA PALABRA DAR.



AGUINALDOS DE NAVIDAD Y AÑO NUEVO.

1.° De buena voluntad.
3.° Por fuerza.

2.° Un mal ejemplo.
4.° Con gusto.